

PERSONALISTAS, AUTORITARIOS (Y ADORADOS)

Tomás Straka

Dos circunstancias sociohistóricas parecen jalonar la tendencia del pueblo venezolano a seguir los liderazgos carismáticos y de formación militar. De un lado, la especificidad psicológica de una sociedad matricentrada que busca en el hombre fuerte, proclive al ejercicio autocrático del poder, la figura familiar del padre ausente. Y por el otro, una larga tradición de caudillos que subestiman la legitimidad institucional proveniente de los votos ciudadanos y las alianzas programática entre bandos partidistas.

AQUELLO parecía una carta de amor. Es probable que las lecturas de los místicos castellanos, porque el remitente era un hombre de fe y de letras, influyeran en la redacción. Como el alma enamorada del *Cántico espiritual*, que anhela llegar a su amado, Dios, así Cecilio Acosta suspira por Páez: «¡Páez! ¿Por qué os detenéis aún lejos de nosotros? ¿Por qué no se ven ya nuestros ojos? ¿Por qué no os tocan vuestras manos? ... Los corceles de la victoria están a vuestro lado; ellos beben el viento en la carrera. Tomad uno, montadlo y partid al escape a nuestros brazos».

La situación de Venezuela se había vuelto insoportable. La inseguridad se había apoderado del país. La violencia empezaba a cundir. El germen de la rebelión florecía en los campos y en los arrabales de las ciudades. Los más pobres, los iletrados, estaban soliviantados. En las pulperías, en los caminos, en los conucos se hablaba de una oligarquía feroz, que les succionaba la existencia y que había que eliminar. En esa «oligarquía» muchos temían una muerte de la civilización —de lo que entendían por tal— como la ocurrida unos treinta años atrás.

Ante la magnitud de los peligros era indispensable hallar una salvación, pero nadie se sentía con fuerzas para procurársela. Había que buscar un salvador. Un hombre que pusiera orden y terminara de enrumbar las cosas hacia la paz y la prosperidad. Por eso insiste Acosta: «Queremos ver de cerca esa aureola de gloria, que no cabe ya, según se dice, en vuestras sienes»; por eso «queremos teneros a nuestro lado, y que estéis frizando con nosotros, para mirar de hito en hito esos ojos... para tocar cien veces vuestras manos, que han dado otras tantas la paz; y para recoger de vuestra boca embelesados esas palabras, que forman la historia del heroísmo, y darían materia sobrada para escribir un poema...» Sí, general Páez, «Venid; volad presto; tomad vuestros corceles de la victoria, y partid al escape a nuestros brazos».

A lo mejor los guzmancistas encontraron en la carta otro motivo para sus chistes y frases intencionadas sobre don Cecilio: que si nunca dejó de vivir con la mamá, que si no se le ha conocido mujer... Sin embargo, ese amor por Páez no era suyo en exclusiva (otros, muy machos según los dictámenes del tiempo, vivían un embeleso similar y si

no lo escribían así de bien era porque no habían leído a San Juan de la Cruz) ni tardaría en tener su correlato en el amor que también ellos, los liberales, manifestarían en breve por el hijo de su líder Antonio Leocadio: *Antoñito Guzmán Blanco*.

El episodio viene a cuento porque la búsqueda de un líder sobrehumano capaz de resolver todos nuestros males y al que nos podamos entregar confiados, como el alma enamorada —y desesperada— se entrega a su esposo, a Dios, ha sido una constante en la historia republicana de Venezuela, indistintamente de que el anhelo en sí sea antirrepublicano. Y, por lo mismo, ha sido también un motivo de permanente desasosiego para quienes han soñado con un orden de legalidad e institucionalidad, en el cual las fidelidades se refieran a ideas, leyes e instituciones, y no a personas, a carismas concretos. Que hasta don Cecilio, el teórico de la historia y la educación, el que rebatía a Antonio Leocadio con sesudos ensayos, el meditador de cuestiones teológicas, el admirador de Estados Unidos y su ética del trabajo, en un momento de desesperación haya caído en eso, muestra la amplitud y la profundidad del mal. «No

os detengáis», le escribe al Centauro, «... partid volando, y llegad ya donde os podamos ver con nuestros ojos, y tocar con nuestras manos». ¿Qué le pasaba a ese hombre? ¿Qué es, en definitiva, lo que nos pasa cuando vemos los ojos y las manos de un Páez?

La búsqueda del padre

Textos similares a los de Acosta se escribieron para el resto de los grandes caudillos nacionales. Tal vez cuando se haga la historia de la lisonja en Venezuela —que ha de abarcar volúmenes— sólo se encuentre alguna atenuación en los períodos democráticos y liberales de 1945 a 1948, de 1958 a 1998 y durante la etapa más o menos autoritaria, más o menos liberal y más o menos democratizadora del posgomecismo (1935-1945). Antes y después, el país dominado por los hombres fuertes no escatimó en incienso para exaltarlos. El sólo hecho de que prácticamente todos se hayan inventado un título distinto, *ad hoc*, al de simples presidentes dice bastante de una idea —más que eso, de una urgencia— de superioridad que tanto ellos como la sociedad requerían para darles —y para darse— legitimidad. No bastaba con ser un simple presidente. Había que superar los parámetros de la limitada y humilde Presidencia republicana: todos tenían, además, que ser unos héroes.

A Páez lo llaman, por resolución del Congreso, El Ciudadano Esclarecido, que es como decir un ciudadano igual a todos pero mejor: que ve más nítido, que piensa más claro, que tiene siempre la razón. Lo llaman, también, el Centauro y el León de Payara. A Ezequiel Zamora, que no llega a presidente porque una bala lo mata muy temprano pero que fue también un caudillo nacional, lo bautizaron El Valiente Ciudadano. Había que competir con Páez y, a falta de esclarecimiento, bueno era el valor. A Julián Castro le pusieron el título de Ciudadano Eminente, lo cual no obstó para que lo derrocaran un

año después. A Falcón, y esto gracias a Guzmán Blanco que entiende la naturaleza del fenómeno antes que ninguno y decide aprovecharlo, la Asamblea Constituyente lo bautiza El Gran Ciudadano y le otorga el rango, inexistente en el ejército pero que sonaba rimbombante, de mariscal.

Guzmán Blanco, picando adelante otra vez, otorga a todos los sobrevivientes de la Independencia (es decir, a la generación que derrota y saca del poder en la Guerra Federal) el título de Ilustres Próceres (el cual venía con una pensión que se había instituido antes con un funcionamiento regular y que, en algunos casos, los descendientes siguen cobrando hasta hoy) y se reserva para sí los de Regenerador,

Táchira, lo habían bautizado el Cabi-to, a imitación de Napoleón (*Le Petit Caporal*); pero, al llegar a Caracas, se colocará un título que hubiera dejado perplejo hasta al mismo Guzmán: El Vencedor Jamás Vencido. También le dicen el Restaurador. Con Gómez se resucita lo de Benemérito, aunque en términos oficiales solía preferirse el título de Rehabilitador. Así las cosas, es un acto evidente de democratización y regularización republicana el que López Contreras, al tiempo que cuelga su uniforme de general para ponerse un sobrio y cívico paltó, haya prescindido de cualquier título que lo revistiera de heroicidad. Que la gente lo conozca por el cordial sobrenombre de El Ronquito refleja el paso trascendental

Tal vez cuando se haga la historia de la lisonja en Venezuela —que ha de abarcar volúmenes— sólo se encuentre alguna atenuación en los períodos democráticos y liberales de 1945 a 1948, de 1958 a 1998 y durante la etapa del posgomecismo (1935-1945). Antes y después, el país dominado por los hombres fuertes no escatimó en incienso para exaltarlos

Pacificador e Ilustre Americano. Esto revela, entre otras cosas, un significativo cambio de estilo: sin la preocupación por presentarse con los atavíos de ciudadanos excepcionales, pero ciudadanos al fin y al cabo, a partir de Guzmán los presidentes serán una suerte de demiurgos capaces de transformarlos todo por sus arbitrios, fuerzas y voluntades, de regenerar a una sociedad tiranizada (eso es lo que significa regeneración en el lenguaje político de la época: no importa que en breve ellos mismos se trocaren en tiranos), de pacificar un país y de convertirse en objeto de gloria continental. Lástima que Cecilio Acosta se llevara tan mal con Guzmán: nunca tuvo un panegirista de su calidad.

Joaquín Crespo usa por primera vez el título de Benemérito. Linares Alcántara se hace llamar El Gran Demócrata. A Cipriano Castro, ya en

de quien decidió dejar de ser un héroe casi sobrenatural para convertirse en un pedestre funcionario civil, de quien se bajó del caballo para tratar de persuadir desde la radio.

En su muy exitoso libro sobre la venezolanidad y sus mitos políticos, *La herencia de la tribu*, Ana Teresa Torres busca una explicación psicosocial de estas ansias por conseguir un héroe. Entre las muchas que identifica y desmenuza, sobresale la de un cierto sentimiento de orfandad peligrosamente extendido que conduce a buscar a un padre y es capaz de mitificarlo. Más allá de la compleja relación con Simón Bolívar —un Padre que abandona a la madre, la Patria, para irse a otras tierras y tener otras hijas, pero al que se traiciona al echar abajo su sueño grancolombiano y proscribirlo del país— esa relación, al fin y al cabo simbólica, expresa otras cosas: el deseo de una sociedad

EMPRENDEDORES VENEZOLANOS: ¿CÓMO CONVIRTIERON SUS SUEÑOS EN REALIDADES?

FEDERICO FERNÁNDEZ Y REBECA VIDAL



Ediciones



0212-555.42.63
ediesas@iesas.edu.ve

Diez historias exitosas de iniciativa empresarial ofrecen una visión práctica de las claves para convertir sueños en realidades. Más que fórmulas mágicas, los autores presentan una gama de opciones para facilitar la compleja tarea de crear y llevar adelante un negocio propio. El mérito de los emprendedores que protagonizan estos relatos de éxito y compromiso personal reside en el adecuado balance entre oportunidad, recursos y equipos, pero también en la comprensión de las realidades del entorno venezolano.

matricentrada en la que el padre está ausente y su sustitución por otra figura (por ejemplo, el caudillo protector en el siglo XIX o el Estado Benefactor en el XX) resulta perentoria.

Cuando José Gil Fortoul, leal y eficiente servidor de Gómez, al tiempo que uno de los mejores historiadores venezolanos de todos los tiempos, define al Benemérito como un padre «fuerte y bueno» no estaba sino identificando una realidad subyacente, algo que tal vez de forma sincera sentían todos los venezolanos. Según el modelo de paternidad —sobre todo la andina de la época, que es distinta a la del resto de Venezuela porque es mucho más definida y eficiente—, Gómez hace lo que tiene que hacer: garantiza la comida y disciplina a

«sociedades incipientes... sociedades caóticas, sociedades en formación... el poder personal tiene que entrar por mucho en las combinaciones políticas». El prestigio personal, apuntalado por diversas características, es la fuerza aglutinadora para encontrar un mínimo de orden y estabilidad.

Guzmán medita sobre las desventuras de su padre: el más grande de los políticos venezolanos de su siglo e incapaz, no obstante, de tomar el poder. Su conclusión es la que años más tarde acuña Luis Manuel Urbaneja Achelpohl en su novela *En este país*, publicada en 1920: «¡Hazte general!». Antonio Leocadio pudo haber sido todo lo que le endilgaron sus enemigos y exaltaron sus seguidores, pero siempre fue raigal,

Los caudillos son líderes personalistas, porque tejen el poder en torno a su gran personalidad y no a sus cargos, porque el cargo —presidente— no tiene la fuerza de aquel al que sustituye —el del rey— y la nueva base de legitimidad, el heroísmo, no es transferible, es cosa de cada quien

las mujeres y a los niños, con buenas zurras si es necesario. Muy de vez en cuando las acompañaba con alguna muestra de cariño, una palmada en la espalda, la invitación al hijo para que lo acompañe al pueblo. En una sociedad donde a los niños se les daba correazos en la casa y palmetazos en la escuela, ¿por qué el padre «fuerte y bueno» de todos los venezolanos no podía aplicar castigos proporcionales a sus hijos más crecidos y díscolos, por ejemplo el tortol? En una sociedad donde a los padres y padrinos, sobre todo si eran poderosos, hacendados, caudillos, se les besaba la mano para recibir la bendición y, en ciertas ocasiones, incluso se hacía de rodillas y con los brazos cruzados, ¿era extraña la pleitesía al gran padre nacional?

Guzmán Blanco, que representa el curioso caso de un graduado universitario que decide hacerse caudillo después de analizar la realidad nacional y de un teórico sobre el caudillismo dispuesto a comprobar consigo mismo sus tesis, discurrió de forma similar. El venezolano, para él, era un «pueblo joven»; es decir, un pueblo inmaduro, infantil. Con el tiempo, cuando bajo la conducción de su mano severa se coronasen sus reformas modernizadoras, cuando finalmente madurase el pueblo, entonces podría andar solo. En el famoso debate con Ricardo Becerra, que escenifica poco antes de tomar el poder en 1867, lo dice sin rodeos: en

dramáticamente civil. ¿Por qué había que hacerse general? Y no un general cualquiera, sino uno como el que fue la Némesis de Antonio Leocadio, su formidable enemigo en la Guerra Federal, su modelo, al que derrota sin dejarle nunca de temer: José Antonio Páez.

El papá para el pueblo-niño (la tesis del «pueblo inepto» ha llamado el historiador Elías Pino Iturrieta a esta forma de pensar) no podía ser cualquiera, tenía que ser una «gran personalidad». Los teóricos contemporáneos del caudillismo han mostrado cómo el prestigio —basado en la admiración que las dotes guerreras, las habilidades de rodeo, de jinete y de generoso patrón despertaban en el pueblo— desempeñó un papel fundamental en el apuntalamiento del caudillaje; siendo en eso, como en todo lo demás, Páez el caudillo hispanoamericano prototipo. Desde un poco antes de Carabobo los venezolanos se enamoraron de él. Fue un amor que no se les quitó del todo hasta unos treinta años después; y quizá nunca se nos ha quitado del todo.

Páez es el guerrero sin igual, el jinete sin comparación, el cantador de corridos, el domador (de mostrencos, pero del pueblo también), el bailarín de joropo, el galán de mil amores, el vivo, ese Tío Conejo que con añagazas se burla de los españoles y los hace caer en trampas, el valiente, ese Tío Tigre que en las batallas hizo prodigios

legendarios y llegó a ser para la élite (que en gran medida comparte esa fascinación con el pueblo) la garantía del orden para rehacer la república a partir de 1830: a su sola voz el pueblo levantisco se hace obediente. Sin él no hay república. Tal es su conclusión desde 1826, más o menos. Hasta Bolívar debe transigir con Páez en 1827 y ratificarlo, pese a su rebelión. En 1835 le bastó un gesto para que la Revolución de las Reformas se rindiera y José María Vargas volviera al poder. Él sabe cómo controlar a Dionisio Cisneros. Él pacifica el Apure en 1837. Él acaba con las rebeliones de Orituco en 1844 y aplasta la de los campesinos liberales en 1846. A veces es generoso, como con los militares alzados en 1835; a veces recibe trofeos sangrientos, como la cabeza del Indio Rangal en 1846.

En desgracia después de sus fracasos en 1848 y 1849, cuando su prestigio empieza a declinar en un pueblo que ahora ama a Antonio Leocadio Guzmán, todavía, al final de su vida pública, le quedan fuerzas para presentarse como salvador en medio de la baránda de la Guerra Federal. Fue un episodio aparatoso, del que se arrepintió como dijo en su autobiografía, pero aleccionador, sobre todo para Guzmán Blanco. Creyéndose, y creyéndolo muchos, capaz de hacer las cosas de treinta años atrás, se presenta como la solución para la anarquía que desangraba al país. No puede, naturalmente. Ya su épica era un asunto de la generación pasada, y su prestigio no bastaba para poner a todos en el carril.

Guzmán Blanco toma nota de lo sucedido. Entiende que, a su modo, debe convertirse en un segundo Páez, si de verdad quiere tomar el poder. Al principio intenta levantar el prestigio de Falcón, para gobernar por interpuesta persona; pero después se dedica a construir su propio personaje, como lo hace un actor cuando se enfrenta a una nueva obra. La necesidad de grandes triunfos militares, que los obtiene, para sorpresa de todos; esos uniformes de mariscal francés (dirá, en una humorada que se haría célebre, que era mejor que todos los mariscales de Francia); ese porte imponente que logra con ellos, con sus corceles blancos, con su barba; ese egocentrismo, esa vanidad; esas estatuas que se manda a erigir; ese afán de bautizar todo con su nombre y tapizar la república con su efigie; esa capacidad para hacer cosas «como por arte de magia», como diría uno de sus adláteres (camino,

ferrocarriles, bulevares y palacios, no importa que fueran de mampostería y estuco, lo importante es la sensación); todo eso tenía, en el fondo, un sentido: hacerse un segundo Páez, una gran personalidad, hacerse un héroe ante la admiración nacional. Lo logró: todas las evidencias indican que el Ilustre fue «un ídolo y un déspota», como lo definió William Eleroy Curtis en su *Venezuela, país del eterno verano* (1896). Todas también indican que a comienzos del siglo XXI el venezolano lo recuerda más bien con admiración.

«Adoradores de la fuerza» —como escribió César Zumeta, que terminaría volviéndose uno más, plegado al Benemérito, en su feroz ensayo *El continente enfermo* (1899)—, parece que los venezolanos no han hecho sino buscar a un líder. En Venezuela «siempre el prestigio personal ha sido la última razón», dice Guzmán Blanco en su debate de 1867 con Becerra. Guzmán Blanco sabe que el personalismo es lo contrario al republicanismo; incluso lo dice con esas palabras cuando se refiere a Páez: «La República para 1840 había dejado de ser, en sus condiciones de tal. Al pueblo habiase sustituido un hombre, y al voto de los pueblos, la voluntad de ese hombre». Pero no encuentra otro camino para llevar adelante el proyecto que se ha trazado. Congruente con sus conclusiones, en 1870 instauró el régimen más personalista de todos cuantos había tenido Venezuela hasta entonces —incluyendo la dictadura de José Antonio Páez, de 1861 a 1863— y, en gran medida, de todos cuantos tendrá en la posteridad, incluyendo el de Juan Vicente Gómez.

El éxito que obtuvo Guzmán, garantizando dos décadas de relativa estabilidad, prosperidad y reformas modernizadoras, pareció darle la razón y convenció (o al menos confirmó, porque no fue el primero que gobernó de esa manera) a muchos de sus compatriotas de la bondad de un hombre fuerte en el poder. Por eso es tan emblemático que haya eludido la palabra

ciudadano en su título: porque la anti-república —que durante los mandatos de Páez y Monagas había sido considerada un mal necesario, pero en modo alguno deseable—, se vuelve una doctrina. Laureano Vallenilla Lanz, cuando le da ropajes positivistas y la estructura como doctrina —el Cesarismo democrático— para legitimar el gobierno de Gómez, no estaba sino trajinando un

ron de experimentarlo: en su gran mayoría, las reformas liberales se hicieron finalmente de la mano de un rey, o de algo bastante parecido a él. Partiendo de la figura emblemática e imitada de Napoleón, en la historia europea la república es un fenómeno general sólo a partir de la Segunda Guerra Mundial. Hubo incluso un caso, el de España, cuyo retorno a la monarquía fue preci-

La búsqueda de un líder sobrehumano capaz de resolver todos nuestros males y al que nos podamos entregar confiados, como el alma enamorada —y desesperada— se entrega a su esposo, a Dios, ha sido una constante en la historia republicana de Venezuela

camino ya andado. La república habrá de ser, entonces, la que un César debe gobernar. Y para ser un César es necesario, también, ser un héroe. Pero hay más: todo César termina siendo también una forma de rey.

La añoranza del Rey

En la configuración de la orfandad venezolana, Ana Teresa Torres barrunta que la raíz última de ese deseo de seguir a un papá viene de la ausencia, que desde 1810 no hemos sabido remediar, de esa dualidad Dios-Rey que le daba sentido al universo colonial. No es, pues, una suerte de locura, de trauma infantil, o no sólo eso, sino un problema institucional que, por medio de los césares, de alguna manera se ha logrado resolver. El amor de Cecilio Acosta y de Vallenilla-Lanz no era un capricho: se asentaba en las lecciones de una realidad.

Germán Carrera Damas habla de la pervivencia de una «conciencia monárquica» que sólo muy lentamente ha ido cediendo. Advierte que ha sido así dondequiera que la monarquía ha sido abolida, y pone ejemplos tan clamorosos como el francés. La necesidad de llenar el inmenso hueco que dejaron la expulsión de Dios de los asuntos políticos y el derrocamiento de la corona, ha sido un reto tan grande que al final muchas sociedades europeas desistie-

samente lo que le permitió su liberalización y democratización plena.

Hasta que las fuerzas aliadas no acabaron con los líderes nazi-fascistas —que en Alemania y Europa Central habían ocupado el lugar de los destronados emperadores perdedores en la Primera Guerra Mundial, a veces incluso como sus regentes (caso de Hungría), o que en otros sitios como Italia, Bulgaria y Rumania habían pactado francamente con ellos— los jefes de Estado eran hombres con uniformes de mariscales y pechos constelados de medallas como el de Guzmán Blanco. Donde los reyes siguieron, esto continúa siendo así. Es evidente, entonces, el tipo de atributos, claves y guiños que simbólicamente Guzmán Blanco quiso tener para sí.

El problema es que en Venezuela no había una nobleza suficientemente fuerte con la cual pactar una monarquía constitucional ni en el pensamiento de la mayor parte de los venezolanos seducidos por la experiencia norteamericana eso era deseable. Pero al mismo tiempo vivir sin un rey en 1820 o en 1830 era muy difícil, era casi imposible. ¿Quién podía tener su legitimidad para gobernar? El rey era una figura lejana y superior (de ahí lo de Majestad y Alteza), cuyos dictados llegaban de un más allá al otro lado del océano y, a nuestro modo, eran obedecidos. ¿Qué

ESTRATEGIAS EN TIEMPOS DE TURBULENCIA

MICHAEL PENFOLD Y ROBERTO VAINRUB



Ediciones



0212-555.42.63
ediesia@iesa.edu.ve

Venezuela presenta uno de los más borrascosos historiales económicos del continente. Sin embargo, un grupo significativo de empresas no sólo ha logrado navegar en medio de la turbulencia, sino también llegar a buen puerto. ¿Cómo lo hicieron? Este valioso compendio de investigaciones y ensayos divulgativos ayudará al lector a comprender no sólo cómo hicieron las empresas para sobrevivir, sino incluso cómo un puñado de ellas logró destacarse en un mercado tan incierto y volátil como el venezolano.

hijo de vecino podía ocupar su lugar? ¿El hijo de la panadera y del tendero isleño que ahora viene con su uniforme de mariscal francés? ¿Simoncito Bolívar, con todo y sus cacaotales y esclavitudes? Ante eso, los presidentes —algunos de forma deliberada y otros inconscientemente— hubie-

tación para encontrar un sustituto de la monarquía, incluso una solución intermedia entre el Antiguo Régimen y la república liberal. Por algo Roma y Gran Bretaña son sus modelos. Algunos le ofrecen la corona, y otros temen que se la quiera poner. Pero él, cuando afirma aquello de que el título de Li-

¿Hay dos tradiciones que se intercalan, una caudillista y otra de sociedad civil, que los cien años caudillistas de 1830 a 1935 fueron el paréntesis entre los trescientos coloniales de sociedad civil y los setenta de López Contreras a Chávez?

ron de convertirse en pequeños reyes que, a falta de abolengo, ensayaron otra ruta: convertirse en héroes. Sí, en césares, que es algo así como un rey proclamado por el pueblo, como el rey de una república. Tal fue, en esencia, la «refundación de la república» que hizo Augusto; esa especie de instancia intermedia, de «monarquía constitucional» que, por algo, admiraron tanto Miranda y Bolívar.

Todos los presidentes, entonces, esperaban haber triunfado en su respectiva Galia para después tomar el poder. Páez en Carabobo, Guzmán Blanco en Apure, Gómez en Ciudad Bolívar. Los lauros militares tenían un efecto en el imaginario mayor que el muy concreto de haber derrotado al enemigo. Eran el pasaporte que esperaba el colectivo para sentir como legítimo el paso de cada caudillo por su respectivo Rubicón. Domingo Monteverde, cuando ocupa Caracas después de la reacción realista de 1812, destruye la república y pronto empieza a destruir también la monarquía con un gobierno personalista y autónomo de las autoridades españolas: es el primero en hacerlo. Incluso inaugura lo de los títulos al llamarse el Reconquistador.

Simón Bolívar, que en rigor no fue un caudillo, hizo otro tanto después de la Campaña Admirable, en la que derrotó a Monteverde. Además, sigue con lo de los títulos al ser llamado Libertador. A partir de entonces, gozará de un culto a la personalidad y de una época para apuntalar su condición superior, que no tiene otro objetivo que el de llenar la crisis de legitimidad que desata la ruptura con el rey. Sus luchas políticas son igual de intensas para vencer a los realistas y para convencer al resto de los republicanos criollos que es él, y no otro, el que debe gobernar. Sus ideas políticas reflejan la larga medi-

bertador es superior a cualquier otro, está poniendo las cosas en su lugar: es preferible ser un héroe que un rey.

Sus propagandistas lo comparan con guerreros clásicos, sus poetas le componen odas, los pintores lo plasman con gestos napoleónicos, los sacerdotes lo parangonan con héroes bíblicos, dicen que la Providencia claramente lo ha ungido para gobernar. En fin, su culto arranca bastante antes de que entrara a la posteridad. Ya no está el padre que era el rey, está uno nuevo, el de la Patria, incluso algo mejor que un rey: un Libertador... y, después de él, el Ciudadano Esclarecido, el Ilustre Americano, el Rehabilitador. Son personalistas, porque tejen el poder en torno a su gran personalidad y no a sus cargos, porque el cargo —presidente— no tiene la fuerza de aquel al que sustituye —el del rey— y la nueva base de legitimidad, el heroísmo, no es transferible, es cosa de cada quien. Son autoritarios, porque están por encima de todos y de todo, su autoridad no tiene cortapisas; y son amados, porque ejercen, desde el poder y su carisma, un encanto especial, porque los venezolanos aman a los hombres así. Con todo, cumplen su misión: la república logra sobrevivir. Pactando con las élites (como Páez) o francamente promoviéndolas (como Guzmán y Gómez), obtienen el margen de acción mínimo para desarrollar, hasta donde les fue posible, su proyecto republicano y liberal.

Cuando en 1928 aparece una generación de venezolanos que se opone al personalismo y piensa en términos colectivos; que se unifica con una boina, en contraste con las «grandes personalidades» que se hacían levantar estatuas y poner su rostro en las monedas; que poco después funda partidos y, de algún modo, hace que el sucesor del Benemérito no se invente un títu-

lo para gobernar; cuando ocurre eso, a casi cien años de vida republicana, en buena medida se habían cumplido los pronósticos de Guzmán: por fin habían nacido unos venezolanos que no se sentían necesitados de un papá «bueno y fuerte» para vivir. Por fin, el pueblo-niño había dejado de serlo y podía disfrutar de la ciudadanía. Durante setenta años, los muchachos del 28 alcanzan este objetivo. Es cierto, hubo personalidades muy fuertes, con liderazgos inmensos, que no pocos calificaron de «caudillescos», pero nada parecido a un Gómez o un Guzmán.

A comienzos del siglo XXI, cuando un sector del país tiene otra vez una gran personalidad dirigiéndolo y el otro se lamenta por no tenerla, ¿fue aquello nada más un paréntesis? ¿Es cierta la teoría de Augusto Mijares? ¿Hay dos tradiciones que se intercalan, una caudillista y otra de sociedad civil, que los cien años caudillistas de 1830 a 1935 fueron el paréntesis entre los trescientos coloniales de sociedad civil y los setenta de López Contreras a Chávez? Cabrían demasiadas preguntas: ¿de verdad fue la colonia tan institucional como la imaginó Mijares? ¿De verdad es Chávez, como lo ven sus adversarios, un caudillo del siglo XIX redivivo o es otra cosa que escapa de cualquier calificativo, según pregonan los intelectuales que lo siguen? Eso que Juan Carlos Monedero, tal vez el más destacado de ellos, escribió sobre el «hiperliderazgo», para escándalo del mismo presidente, y el «cesarismo progresista», en el que un César de nuevo esclarecido, pero ahora revolucionario, llevará las cosas a la felicidad socialista que una sociedad inmadura colectivamente no puede lograr, ¿cuán lejos está de Vallenilla-Lanz?

¿Cuál de las tradiciones domina hoy? ¿Cuál parece tener la baza del futuro? La respuesta queda abierta, más allá de que en los bandos no falte —en uno, mucho más atento a la tradición del Libertador, el Valiente Ciudadano y otros héroes del pasado fundacional, más que en el otro, es verdad— quien suspire por los ojos de su propio Páez, quien busque, como el alma enamorada de San Juan, los brazos de su adorado dios particular. La buena noticia es que parece haber otros más dispuestos a vivir sin un papá castigador, dispuestos a jugárselas por la cívica, republicana y adulta libertad. ■

Tomás Straka

Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello